

Un tipo de momento electivo previo al mecanismo considerado a la luz de la concepción lacaniana de la materialidad del símbolo

Martín Alomo*

Resumen

Destinamos este informe a la exposición de nuestros avances respecto de uno de los objetivos específicos de nuestro proyecto UBACyT P039: "Momentos electivos en el tratamiento psicoanalítico de las neurosis - En el servicio de Clínica de Adultos de la Facultad de Psicología, UBA", dirigido por Gabriel Lombardi. Tal objetivo declara: "definir y distinguir *momentos electivos* de otras situaciones que no serían tales". Para tal fin, procederemos a exponer dos ejemplos seleccionados de la literatura freudiana para distinguir en ellos qué es mecanismo y qué *momento electivo previo*. Luego, centraremos nuestros esfuerzos en desplegar una elucidación de tal momento electivo previo considerado a la luz de la conceptualización lacaniana de la materialidad del símbolo. Por último, intentaremos extraer algunas consecuencias en relación a la temporalidad del modo de presentación clínica de dicho momento electivo.

Palabras clave: Momentos electivos - Neurosis - Mecanismo - Freud - Lacan

A type of elective moment prior to the mechanism regarded within the Lacanian conception of the symbol's materiality

Abstract

This report shows our advances regarding one of the specific aims of our UBACyT P039 project: "Elective moments in the psychoanalytic treatment of the neuroses - In the Adults Clinic Care of the Psychology Faculty, UBA", directed by Gabriel Lombardi. Such an aim states: "to define and to distinguish elective moments of other situations that would not be so". We will proceed to depict two selected examples from the Freudian literature to distinguish what is a mechanism and what is a *prior elective moment* in both of them. Then, we will centre our efforts in develop an elucidation of such a prior elective moment regarded within the Lacanian conceptualization of the symbol's materiality. Finally, we will try to derive some consequences concerning the temporality of the clinical presentation mode of such an elective moment.

Key words: Moment prior - Neurosis - Mechanism - Freud - Lacan

Introducción

Con la aparición del psicoanálisis en los albores del siglo pasado, y su fuerte incidencia en el campo de la cultura, comienza a cobrar cada vez mayor fuerza y presencia la idea de determinación más allá de lo meramente evidente; más allá, incluso, de aquello que en primera instancia aparece como lo único posible. Esta determinación "oculta" sacude y descoloca a lo que aparece como agente (el individuo, el hombre, el sujeto). Un aspecto de eso "oculto" es planteado por Sigmund Freud como una memoria, pero inconsciente. Dice Lacan: "Enseñamos siguiendo a Freud que el Otro es el lugar de esa memoria que él descubrió bajo el nombre de inconsciente, memoria a la que considera como el objeto de una interrogación que permanece abierta en cuanto que condiciona la indestructibilidad de ciertos deseos". (Lacan, 1958, p. 556) Y allí, articulado y sujeto a esa "indestructibilidad de ciertos deseos", y como determinado por ello, aparece el hombre y su destino, con los avatares que éste le presenta, y los modos de afrontarlo más o menos alienados que aquel pueda implementar. Tales condiciones, aun las inherentes al deseo, representan para el sujeto la exposición continua

a lo pulsional que se impone, y a las demandas aplastantes. Estas condiciones del sujeto ponen de manifiesto lo forzado de su elección, en tal sentido paradójica.

Si Freud plantea la determinación inconsciente en la detección de algunos mecanismos causales, del mismo modo, señala como posibilidad frente a ellos el trabajo de las defensas, que -de alguna manera- muestran diversos modos de afrontamiento a la determinación. Por lo tanto, sin dejar de lado el problema de aquello que se impone como coerción, hemos de reconocer en lo propiamente analítico un vector ético que empuja hacia lo opcional, hacia lo que de electivo puede encontrarse, aun por un rodeo necesario a través de lo forzado. Gabriel Lombardi escribe: "En tanto psicoanalista no me ocupo de mis pacientes para constatar lo que el síntoma tiene de repetición automática, sino para discernir en lo que se repite una fijación, una determinación en la que otra opción, otra posición subjetiva, otra satisfacción es posible". (Lombardi, 2008c, p.106)

Respecto de las consideraciones éticas propias del psicoanálisis, y en relación a lo que venimos planteando, Freud señala -a propósito del fenómeno

* Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires.
Av. Rivadavia 14.340, 9º C, (1704) Ramos Mejía, Buenos Aires, Argentina. Teléfono 011- 3532-6471 E-mail: martinalomo@hotmail.com

identificado por él como reacción terapéutica negativa- que “el efecto del análisis (...) no está destinado a imposibilitar las reacciones patológicas, sino a procurar al yo del enfermo la *libertad* de decidir en un sentido o en otro”. (Freud, 1923, p.51) A partir de esta indicación freudiana, podemos precisar lo dicho respecto del “vector ético del psicoanálisis que empuja hacia lo opcional”, diciendo que tal empuje encuentra un límite necesario: “la *libertad* de decidir” es del analizante.

En nuestra investigación, algunos de nuestros objetivos específicos apuntan a la necesidad de delimitar qué es mecanismo, por lo tanto determinación, y qué toma de posición electiva por parte del ser hablante. En este marco de trabajo, destinamos este informe a la exposición de nuestros avances respecto de uno de los objetivos específicos de nuestro proyecto UBACyT P039: “Momentos electivos en el tratamiento psicoanalítico de las neurosis - En el servicio de Clínica de Adultos de la Facultad de Psicología, UBA”, dirigido por Gabriel Lombardi. Tal objetivo declara: “definir y distinguir *momentos electivos* de otras situaciones que no serían tales”.

Comenzaremos por exponer dos ejemplos seleccionados de la literatura freudiana para distinguir en ellos qué es mecanismo y qué toma de posición del ser hablante previa a aquel. Luego, centraremos el esfuerzo de este informe en desarrollar una elucidación del tipo de momento electivo previo (MEP) al mecanismo detectado en los ejemplos analizados, en relación a la conceptualización lacaniana de la materialidad radical del símbolo. (1)

Ejemplos de la literatura freudiana

Signorelli

Nos serviremos, a modo de ejemplo, del célebre olvido de un nombre propio brindado por Freud en los inicios del psicoanálisis y de su *Psicopatología de la vida cotidiana*. La escena transcurre durante “un viaje en coche desde la bella Ragusa (2), hacia una ciudad cercana, de Herzegovina”. (Freud, 1898, p. 282) Allí, la charla con su compañero de viaje recorre la actualidad política de la región (Bosnia-Herzegovina), luego deriva a las “peculiaridades de los turcos que allí viven”, y recalca en los pintores italianos. Cuando Freud recomienda “vivamente” a su compañero que no deje de visitar Orvieto “para contemplar allí los frescos del Fin del Mundo y del Juicio Final”, he allí el momento de la manifestación del olvido, de la pausa en el fluir del discurso. Interrupción no buscada ni deseada, al menos conscientemente. Disrupción abrupta en el plano de las representaciones, donde lo que se manifiesta como fenómeno es un agujero por la ausencia de un elemento. La representación que falta en el plano simbólico es justamente la que corresponde al nombre propio “del gran pintor que adornó una de las capillas de la Catedral”. Hoy para nosotros es tan obvio que ese nombre es el de *Signorelli* como lo fue para Freud en un momento posterior a la manifestación del olvido: “(...) debí sobrellevar esta ausencia de recuerdo y el martirio

interior a ella conectado (...) hasta que topé con un italiano culto que me liberó comunicándome el nombre: *Signorelli*. Pude entonces agregar por mí mismo el nombre de pila, *Luca*”. (Freud, 1898, p. 283)

Éste será el primero de nuestros ejemplos a considerar. En el análisis del mismo ahondaremos en otros detalles.

“La fe de los antepasados”

Víctor Tausk, discípulo directo de Freud, nos brinda un precioso ejemplo de equívoco significativo en acto (se trata de un *lapsus linguae*), incluido por su maestro en su *Psicopatología de la vida cotidiana*. Lo encontramos en el apartado “V. El trastrabarse”, bajo el título “La fe de los antepasados”. Aquí Tausk, de ascendencia judía, nos cuenta que encontró un buen lugar para pasar sus vacaciones junto a los suyos, en casa de una familia amiga. En una charla durante la merienda, la señora de la casa expresa enunciados antisemitas. Sigamos la historia en los términos consignados por Freud:

“Yo habría debido poner en claro osadamente la situación para dar a mis hijos el ejemplo de “valentía en el sostén de las propias convicciones”, pero temí las penosas explicaciones que suelen seguir a una confesión así. Además, me arredró tener que abandonar el buen alojamiento que habíamos hallado y estropear de ese modo a mis hijos su período de descanso, de por sí breve, en caso de que la conducta de nuestros anfitriones se volviera inamistosa por ser nosotros judíos. Ahora bien, era previsible que mis hijos revelarían la verdad sincera y despreocupadamente si seguían asistiendo a la plática; así pues, quise alejarlos de la reunión enviándolos al jardín. “Vayan al jardín, judíos {*Juden*}”, dije, y me corregí rápidamente: “jóvenes {*Jungen*}”. De ese modo, a través de una operación fallida, yo procuraba expresión a mi “valentía en el sostén de las propias convicciones”. Por cierto que los otros no sacaron consecuencia alguna de este desliz, pues no le concedieron importancia. Pero yo tuve que extraer la enseñanza de que la “fe de los antepasados” no se deja desmentir impunemente cuando uno es hijo y a su vez tiene hijos”. (Freud, 1901, 94)(3)

He aquí el segundo de los ejemplos que tomaremos en consideración.

Localización del momento electivo previo (MEP) al mecanismo

¿A qué llamamos mecanismo y a qué momento electivo en los ejemplos expuestos más arriba? Intentaremos demostrarlo paso a paso.

Signorelli

Mecanismo

En este caso, denominamos “mecanismo” a la

manifestación de la eficacia de lo reprimido, *Herr, Signor, Sig*, que afecta al hablante en su discurso, ya que no puede recordar el nombre solicitado. Es a partir del análisis ensayado por Freud sobre la propia materia significativa (*Boltraffio, Trafoi, Boticelli*) y sus asociaciones correspondientes (los turcos, sexualidad, muerte), que nos anoticiamos de los nombres sustitutivos convocados al agujero y las temáticas vinculadas. Pero ello no es lo único convocado allí; también hay una proliferación imaginaria en lugar del significativo *unterdrückt*: Freud cuenta que tiene una visión “hiper-nítida” del cuadro (Freud, 1898, pp.282-3).

Queda claro, entonces, a qué llamamos mecanismo en este caso: no se trata sino de la represión, puesta de manifiesto -como no podría ser de otro modo- a partir de sus retornos. En este caso lo que retorna es un agujero, en tanto no se consuma un equívoco en forma de *lapsus linguae* en el ritmo del discurso -como veremos en el caso de Tausk- sino que el significativo faltante provoca una pausa, un silencio que es vacío y detención del discurrir significativo, con el surgimiento de una imagen mnémica relativa al elemento faltante.

MEP

Leamos a Freud:

Supongo que la serie de pensamiento sobre las costumbres de los turcos en Bosnia, etc., cobró la capacidad de perturbar un pensamiento siguiente porque yo había sustraído mi atención de ella antes que concluyera. Lo recuerdo bien; quería yo contar una segunda anécdota que en mi memoria descansaba próxima a la primera. Estos turcos estiman el goce sexual por sobre todo, y en caso de achaques sexuales caen en un estado de desesperación que ofrece un extraño contraste con su resignada actitud ante la proximidad de la muerte. Uno de los pacientes de mi colega le había dicho cierta vez: “Sabes tú, *Herr*, cuando eso ya no ande, la vida perderá todo valor”. *Yo sofoqué la comunicación de ese rasgo característico por no querer tocar ese tema en plática con un extraño. Pero hice algo más: desvié mi atención también de la prosecución de estos pensamientos, que habrían podido anudárseme al tema “muerte y sexualidad”.* (cursivas nuestras) (Freud, 1901, p.11)

Es luego de esta toma de posición que Freud *olvida sin querer lo uno, pretendiendo olvidar adrede lo otro.*

En cuanto al anudamiento al tema “muerte y sexualidad”, entre otras determinaciones, emerge en el lugar mismo de la manifestación fenoménica del olvido a través del nombre *Boltraffio*. Freud había recibido la noticia de la muerte de un paciente con “perturbaciones sexuales incurables” en la ciudad de *Trafoi*, “y este nombre es demasiado sejemante a la segunda mitad del nombre “*Boltraffio*” para no haber ejercido un *influjo de comando sobre la elección de éste*” (cursivas nuestras)

(Freud, 1898, pp.285-6). *Boltraffio*, junto a *Boticelli*, son dos nombres que se ofrecen al rememorar de Freud, como sustitutos equívocos del buscado *Signorelli* (4).

Nótese el modo en que Freud refiere a una elección en juego aquí: “un influjo de comando sobre la elección de éste”, es decir: la elección cuyo objeto -*Boltraffio*- quien busca *Signorelli* inconscientemente obtiene en su división (5). Aquí observamos algo del orden de una selectividad automática, una elección en donde lo que elige y lo elegido se nutren de la materialidad del significativo, sin el consentimiento del ser hablante (más adelante volveremos sobre este “influjo de comando” freudiano). Sin embargo, este no es nuestro MEP al mecanismo. En el lugar del MEP ubicamos la toma de posición que Freud manifiesta en estos términos: “Yo sofoqué la comunicación de ese rasgo característico”.

Aquí nos limitamos a señalar la localización del fenómeno en el ejemplo. Luego de operar del mismo modo con el otro caso, nos focalizaremos en la caracterización y delimitación del MEP, procurando seguir un movimiento que nos lleve del ejemplo a la conceptualización.

“La fe de los antepasados”

Mecanismo

Transcribimos el ejemplo proporcionado por Tausk tal como lo consigna Freud, en el punto en que se manifiesta el mecanismo, que no es otra cosa que un equívoco significativo puesto en acto sin consentimiento del ser hablante, bajo la forma de un *lapsus*:

“Quise alejarlos de la reunión enviándolos al jardín. “Vayan al jardín, judíos [*Juden*]”, dije, y me corregí rápidamente: “jóvenes [*Jungen*]””.

Una vez más encontramos una manifestación de la represión en el retorno de lo reprimido. Esta vez en un acto logrado, que en el equívoco revela -tal como queda señalado por el mismo Tausk- “la valentía por mis propias convicciones”, a la vez que la disposición de no perder la comodidad de unas vacaciones llevaderas.

MEP

En este caso, localizamos el MEP en el siguiente segmento del relato:

“Merendábamos un día con nuestros huéspedes, gente de ordinario amistosa, y la señora de la casa, que no sospechaba el origen judío de los demás miembros del grupo en vacaciones, dirigió unas hirientes invectivas contra los judíos. Yo habría debido poner en claro osadamente la situación para dar a mis hijos el ejemplo de “valentía en el sostén de las propias convicciones”, *pero temí las penosas explicaciones que suelen seguir a una confesión así. Además, me arredró tener que abandonar el buen alojamiento que habíamos hallado y estropear de ese modo a mis hijos su período de descanso, de por sí breve, en caso de que la conducta de nuestros anfitriones se volviera inamistosa por ser nosotros judíos*”.

(cursivas nuestras) (Freud, 1901, p.94)

Luego de este fragmento, en donde ubicamos el MEP, aparece en el relato de Tausk la manifestación del mecanismo represivo, que se constata en el retorno del elemento reprimido *Judens*, judíos, y que hemos consignado en el punto anterior.

Podríamos abreviar este MEP, parafraseando el ejemplo *Signorelli*, del siguiente modo: “Yo sofoqué el sinceramiento de nuestra condición de judíos”.

Elucidación del MEP

Nuestra búsqueda de especificidad en lo que atañe a un MEP a la puesta en marcha del mecanismo automático pretende continuar el camino inaugurado por Freud, quien sostiene hasta las últimas consecuencias la posición ética del psicoanálisis en una responsabilidad ineludible: por nuestros deseos; también por lo que se piensa sin saber que se piensa; aun por nuestros sueños. En este sentido, a propósito de las diversas formas de devenir sujeto, Lombardi se pregunta: “¿son estas distintas “posiciones” el resultado de una toma de posición del ser hablante, o se trata meramente de mecanismos?” (2008c, p.121). Justamente esta es la pregunta que, articulada a la ética freudiana, anima nuestro propósito de precisión. El modo en que Lombardi responde su interrogante también incita nuestra búsqueda:

Parece evidente en todo caso que una vez instaurado el mecanismo, éste opera como tal, automatizando la respuesta subjetiva; sin embargo encontramos en Lacan una prudencia que concierne a la ética del psicoanálisis, dejando abierta la pregunta acerca de si la puesta en marcha del mecanismo no fue precedida, e incluso encendida por una elección, una toma de posición del ser. Esa prudencia nos deja la posibilidad de trabajar todavía con seres capaces de elegir, en lugar de reparar autómatas, órganos enfermos o errores cognitivos. (Ibid., pp.121-2)

A continuación, luego de haber localizado el MEP en nuestros dos ejemplos, procederemos a una elucidación conceptual del mismo en relación a la conceptualización lacaniana de la materialidad del símbolo.

Elucidación del MEP en relación a la materialidad del símbolo

Respecto de nuestro primer ejemplo, comenta Lacan que

(...) pudimos darnos cuenta de que la imposibilidad en que se encuentra Freud de evocar el nombre de *Signorelli* en el diálogo que lleva a cabo con el colega que es entonces su compañero de viaje responde al hecho de que censurando en su conversación anterior con el mismo todo lo que las palabras de éste le sugerían, tanto por su contenido como por los recuerdos que en él formaban su séquito, de la

relación del hombre y del médico con la muerte, o sea con el amo absoluto, *Herr, signor*, Freud había abandonado literalmente en su interlocutor, y por lo tanto desprendido de sí, *la mitad rota (entendámoslo en el sentido más material del término) de la espada de la palabra*, y por un tiempo, precisamente aquel en que seguía dirigiéndose a dicho interlocutor, no podía disponer de ese término como material signifiante, por quedar ligado a la significación reprimida. (cursivas nuestras) (Lacan, 1954, p. 363)

¿Cómo entender esto en relación a la estructura del símbolo considerado en su más radical materialidad? Y también, ¿cuál es la mitad de esta *espada rota* patrimonio de Freud en el diálogo con su compañero? Luego, ¿cuál es el interés que esta elucidación reviste en relación al problema de las elecciones del ser hablante? En lo que sigue, avanzamos sobre respuestas posibles a estos interrogantes.

Sigamos la reflexión de Lacan respecto del olvido freudiano, que en su continuación lleva la cuestión hacia un punto sumamente sensible para los intereses de este informe:

¿Pero podemos contentarnos con hablar aquí de represión? Sin duda podemos asegurar que está presente sólo por las sobredeterminaciones que Freud nos da del fenómeno, y podemos confirmar también por la actualidad de sus circunstancias el alcance de lo que quiero darles a entender en la fórmula: el inconsciente es el discurso del Otro.// Pues el hombre que, en el acto de la palabra, parte con su semejante el pan de la verdad, comparte la mentira. (...) Así es como el eje de los polos en que se orientaba un primer campo de la palabra, cuya imagen primordial es *el material de la tésera (donde volvemos a encontrar la etimología del símbolo)*, está cruzado aquí por una dimensión segunda no reprimida sino engañosa por necesidad. Ahora bien, a aquella de donde surge con el no-ser la definición de la realidad (cursivas nuestras) (Lacan, 1954, p.364)

Observamos que soportados en la materialidad del símbolo como tésera, como parte, como mitad rota, emergen problemas relativos a la verdad y a la realidad que en ella se sustenta. Y nos interesará llevar la cuestión hacia la parte misma, eso fragmentario como apoyo y determinación últimos de toda realidad. Guiemos nuestros pasos, entonces, por la *parte*.

Se trata de un pequeño fragmento de signifiante hundido en las profundidades de la sofocación, del sepultamiento (*Unterdrückung*), aquel que subyace al olvido del nombre *Signorelli*: “*Herr*”. Escribe Freud: ““Sabes tú, *Herr*, cuando eso ya no ande, la vida perderá todo valor”. Yo sofoqué la comunicación de ese rasgo característico por no querer tocar ese tema en plática con un extraño” (Freud, 1901, p.11). En el ejemplo de Víctor Tausk, el fragmento es claramente silábico: “*jung*” por “*jud*”, ya que la desinencia “*ens*” persiste para

jóvenes y judíos (incluso podríamos pensarlo fonemático: “ng” por “d”, si observamos que “ju” perdura)(6). Por otra parte, la enseñanza que dice extraer Tausk del evento, “la “fe de los antepasados” no se deja desmentir impunemente cuando uno es hijo y a su vez tiene hijos”, implica que lo que no se deja desmentir fácilmente se denuncia a través de un fragmento, de un elemento discreto partido, roto. Por lo tanto, al no ser gratuito desconocer (*verleugnen*) la fe de los antepasados, se comprende entonces que lo gravoso de tal desconocimiento se sostenga en la punta quebrada “jud”, que luego logra acceder al plano discursivo a través del equívoco (“acto fallido”), y con ella la fe y los antepasados reclaman su lugar en ese mismo contexto discursivo en el que había sido previamente denegada su admisión. Desde este punto de vista, este MEP ha consistido en una negación previa respecto de una moción que reclamaba su derecho a existir en el discurso. En este sentido, nos interesa dar una puntualización más clara acerca de la particularidad del MEP, apoyándonos en una clara referencia de Sigmund Freud. Él precisa respecto del momento en que “las asociaciones se deniegan”: “Me refiero al caso en que realmente faltan, y no, por ejemplo, cuando son silenciadas [por el paciente] a consecuencia de un trivial sentimiento de displacer” (Freud, 1912, p.99). Apoyamos nuestra elucidación del MEP en lo que Freud refiere en esta cita como “asociaciones silenciadas”. Entendamos nuestro MEP entonces como antífrasis de la referencia freudiana, que podríamos escribir así: “nos referimos al caso en que las asociaciones son silenciadas por el paciente a causa de un sentimiento de displacer, y no, por ejemplo, cuando realmente faltan”.

En cuanto al olvido de *Signorelli*, notamos cómo Lacan produce una articulación entre la estructura fragmentaria del símbolo y la realidad discursiva (Lacan, 1954, p.363). El fragmento partido abandonado, *unterdrückt*, es el mismo que determina la realidad a partir de su eficacia inconsciente. Podemos decir que el significativo *Herr* deviene lo reprimido, luego de que la mitad rota de la palabra ha sido abandonada mediante un acto de desconocimiento, *Verleugnung*, en el que consiste el MEP del que Freud comenta “yo sofoqué la comunicación de ese rasgo característico por no querer tocar ese tema en plática con un extraño”.

Por otra parte, ya en *Función y campo de la palabra* Lacan había planteado la cuestión de ésta como símbolo quebrado, roto. A propósito de aquello que la presencia del analista escande, el discurso del analzante, escribe lo siguiente:

Por vacío que aparezca ese discurso en efecto, no es así sino tomándolo en su valor facial: el que justifica la frase de Mallarmé cuando compara el uso común del lenguaje con el intercambio de una moneda cuyo anverso y cuyo reverso no muestran ya sino figuras borrosas y que se pasa de mano en mano “en silencio”. Esta metáfora basta para recordarnos que la palabra, incluso en el extremo de su desgaste, conserva su valor de tésera. (1953,

p.241)

La tésera (del latín *tessera* “dado”, “ficha”, y este del griego “cuadrado”(7) tal como se la utilizaba en el Imperio Romano (Pérez Vilatela, 1993, pp.127-50), consistía en un trozo de madera, marfil, piedra o metal, y representaba una contraseña, una clave para que los legionarios se reconocieran entre sí y pasaran cuando eran enviados en misión, o encontrados en el campo de batalla, o en todo tipo de situaciones relacionadas con tareas militares. La tésera que pasaba de mano en mano, en silencio, inadvertida como cosa en sí tras la pantalla de la convención, constituía de este modo la clave de un “pase”.

En el mismo texto, Lacan articula la cuestión del símbolo como fragmento, como parte, con el problema de la constitución de la realidad y la verdad que ella misma -la parte- funda, en encrucijadas en que el problema de la elección se hace presente definitivamente:

Pues de la verdad de esta revelación -la realidad de lo que no es ni verdadero ni falso- es la palabra presente la que da testimonio en la realidad actual, y la que la funda en nombre de esta realidad. Ahora bien, en esta realidad sólo la palabra da testimonio de esa *parte* de los poderes del pasado que ha sido *apartada* en cada encrucijada en que el *acontecimiento ha escogido*. (cursivas nuestras) (Lacan, 1953, pp.245-6)

Y dos páginas más adelante, a propósito del lugar del inconsciente freudiano como una posición tercera a la alternativa intersubjetiva, y como tal una práctica de discurso, escribe: “El inconsciente es aquella *parte* del discurso concreto en cuanto transindividual que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente”. (cursivas nuestras) (Ibid., p.248)

Convengamos que es imposible no escuchar las resonancias de *las partes* abandonadas, “mitades rotas” que han determinado en ciertas encrucijadas del destino del ser hablante manifestaciones de fenómenos inesperados, tales como los casos de nuestros dos ejemplos. Es cierto que nos referimos a un destino modesto y quizá de poca monta, un destino cotidiano, al alcance de una conversación aparentemente trivial. No nos referimos a las grandes decisiones que enmarcan el gran destino épico o trágico de la vida del héroe clásico, sino al destino de ese ser que en el habla se esencia, en cada acto de habla. Volvamos sobre lo que decía Freud respecto de “la elección” de *Boltraffio* como nombre sustitutivo del otro esquivo: “(...) [*Trafoi*] es demasiado semejante a la segunda mitad del nombre “*Boltraffio*” para no haber ejercido un *influjo de comando* sobre la elección de éste” (cursivas nuestras) (Freud 1898, p.286). ¡Un influjo de comando! (8) ¿Qué otra cosa puede ser un influjo de comando sino lo que Lacan describe de este modo: “Mostraremos que no hay palabra sin respuesta, incluso si no encuentra más que el silencio, con tal de que tenga un oyente, y que éste es el meollo de su función en el análisis” (Ibid., p.237)? *Éste*

con acento escrito, pronombre que en este caso metaforiza al oyente. Él es el meollo de la función de la palabra en el análisis entonces, el oyente *para* el que la espada de la palabra se presenta rota; y he aquí un modo de entender parte del meollo, a condición de darle a ese *para* todo el peso que merece. Ese *oyente* presenta una instancia por fuera del discurso del analizante, hacia la cual -entiéndase este *hacia* como una tendencia- comienzan a evidenciarse los fenómenos llamados de resistencia. “Y esta coyuntura es promovida a la función de puntuación de su palabra. Para dar a entender semejante efecto hemos hecho uso de la imagen de que *la palabra del sujeto bascula hacia la presencia del oyente*”. (cursivas nuestras) (Lacan, 1954, p.358)

Y este *para-el-oyente* sobre el que bascula el acto de habla cuando interviene en un discurso es ejemplificado por Lacan de muchas maneras, todas ellas conectadas por vías más o menos alusivas a la circulación de la tésera que pasa de mano en mano. Por ejemplo, en la comparación con el juego de la sortija, en el que el verbo realizado en el discurso “corre de boca en boca para dar al acto del sujeto que recibe su mensaje el sentido que hace de ese acto un acto de su historia y que le da su verdad” (Lacan, 1953, pp.248-9). En este mismo sentido, Lacan no confina su proliferación de ejemplos a la conducta del hombre: “Se ve que no retrocedemos ante una búsqueda fuera del dominio humano de los orígenes del comportamiento simbólico”, dice a propósito de la conducta de algunas aves marinas:

¿Esta neutralización del significante -la de un significante que pierde el sentido (9)- es la totalidad de la naturaleza del lenguaje? Tomado así, se encontraría su despuntar entre las golondrinas de mar, por ejemplo, durante el pavoneo, y materializada en el pez que se pasan de pico en pico y en el que los etólogos, si hemos de ver con ellos en esto el instrumento de una puesta en movimiento del grupo que sería un equivalente de la fiesta, tendrían justificación para reconocer un símbolo. (Ibíd., pp.261-2)

Una vez más, la cuestión del símbolo que remite a la estructura rota de la tésera, esta vez “materializada” en la metáfora del pez que pasa “de pico en pico”.

Por otra parte, en la elaboración del modo en que el símbolo como “punta quebrada de la espada de la palabra” determina la realidad del hombre, con Lacan, podemos ubicar los dos ejemplos que hemos expuesto, esas dos formaciones del inconsciente, consideradas ahora como síntomas (10):

La palabra es aquí expulsada del discurso concreto (11) que ordena la conciencia (...). El síntoma es aquí el significante de un significado reprimido de la conciencia del sujeto. Símbolo escrito sobre la arena de la carne y sobre el velo de Maya (12), participa del lenguaje por la ambigüedad semántica que hemos señalado ya en su constitución. (Ibíd., pp. 269-70)

Y si el símbolo escrito sobre la arena de la carne

puede ser leído, es gracias al acto inaugural de Freud, que introduce en la circulación de los discursos la palabra que se presenta rota. “Pero es una palabra de ejercicio pleno, porque incluye el discurso del otro en el secreto de su cifra”. (Ibíd., p. 270)

Retomemos la pregunta de Lacan, en un intento de avanzar sobre nuestros interrogantes: ¿Podemos contentarnos con hablar aquí de represión? En lo que atañe al MEP a la manifestación del mecanismo en el retorno de lo reprimido, no alcanza con hablar de represión. Más bien, ella evidencia que ha habido un fragmento, una mitad rota sobre la cual cierta toma de posición previa del ser hablante ha ejercido algún tipo de censura. Este ejercicio, este “yo sofoco” activo que ubicamos en el lugar del MEP, promueve efectos que no han podido ser controlados por un agente consciente (verbigracia, la puesta en marcha de la mentada represión). Por esto mismo, toda instancia consciente no puede sino verse sorprendida en su división cuando tal vez por un “influjo de comando”, la elección que sus significantes reprimidos incitan pasivizándola como sujeto dividido, no hace sino reingresar(13) -ya sea en forma de olvido, de equívoco o de sueño- el fragmento que retorna en la flagranza del mecanismo operante, deviniendo tal reingreso la constatación fehaciente de la necesidad lógica de la presencia anterior de eso que aquí llamamos MEP.

Temporalidad del modo de presentación clínica del MEP

A partir de la localización y caracterización de los MEP analizados en los ejemplos propuestos, estamos en condiciones de desarrollar una elucidación de la temporalidad del modo de presentación clínica de los mismos.

-Tiempo 2 (t2): presentación fenoménica del mecanismo en la constatación del retorno de lo reprimido en diversas formaciones del inconsciente: olvidos, lapsus.

-Tiempo 3 (t3): el sujeto afectado por esa división (efecto sujeto) deviene un narrador situado en un momento ulterior, de aquello que si no narrara, no tendríamos ocasión de conocer. El objeto del relato constituye los detalles y condiciones particulares del MEP.

-Tiempo 1 (t1): se trata de las condiciones del MEP, reconstruidas por el relato posterior. Este MEP se corresponde -y esto sólo se constata en el relato- con las coordenadas de un acto logrado, en tanto denegación de ingresar al plano discursivo los elementos significantes sofocados.

Conclusiones

En los casos a los que nos hemos referido a modo de ejemplo, queda clara la disposición de la temporalidad tal como acabamos de explicarla. Para concluir, nos ocuparemos a continuación de otros aspectos relativos al dispositivo clínico, que la disposición de los elementos en la temporalidad descrita nos permite inferir.

En lo que respecta a Freud y a Tausk, contamos allí con un compromiso claro con el inconsciente y con el psicoanálisis. En este sentido, no caben dudas de que las confesiones de ellos (t3), posteriores al efecto sintomático (t2), se deben a ese mismo compromiso. Es claro que de no mediar tal disposición investigativa, el MEP (t1) sería inaccesible al oyente y como tal inexistente en el plano discursivo. En este sentido, podemos leer la fuerte decisión de Freud -resulta obvio decirlo- y de Tausk, como el acto de introducir sus íntimas elucubraciones en un discurso. En cierta forma, podríamos pensar la constitución de los tres tiempos como un acto político: ““El inconsciente es la política”, resumió Lacan. Entrar en un discurso es “una decisión política”, como se decía en los años '70 (...)” (Lombardi, 1999, p.163).

Estos señalamientos apuntan a la localización de dos puntualizaciones accesorias. La primera: antes del advenimiento del MEP como tal en el t1, y luego de la manifestación del mecanismo represivo en el retorno que propicia (t2), en el efecto sujeto, media allí una decisión que es la de participar de un discurso y, por lo tanto, si el oyente es un analista, esta es la posibilidad -y la condición- para vincularse con él en calidad de analizante. Este punto decisivo que queda señalado entre el t2 y el t3 remite al *decir* como acto(14). La

segunda puntualización es derivada de la primera, y nos indica que cada vez que un analista pueda ubicar en su paciente los tres tiempos aquí descritos, y por consiguiente el MEP a la manifestación del mecanismo, tal constatación sería un índice de la presencia de un analizante en el dispositivo. De este modo, esta comprobación podría devenir prueba del inicio de un tratamiento analítico, o bien la corroboración de que se encuentra en marcha. Ambas puntualizaciones accesorias, que se deducen del objetivo principal de este informe, necesitan ser sometidas a prueba a partir del estudio de material clínico en la prosecución de nuestra investigación.

Por último, señalamos cuatro puntos que este informe deja planteados sin avanzar sobre ellos, y que ameritarían desarrollos ulteriores: a) una delimitación clara de la noción freudiana de censura y su articulación con la resistencia, con el interés puntual de elucidar la participación de aquella en lo que respecta al MEP; b) una indagación intensiva tendiente a rastrear los nexos entre MEP y síntoma analítico; c) una correcta elucidación del *desconocimiento* (*Verleugnung*) y de la denegación (*Verneinung*) en lo que atañe a la estructura del MEP; d) la constatación clínica de las dos puntualizaciones accesorias detectadas y expuestas en el párrafo anterior.

Notas

1. Al apoyar nuestra elucidación del MEP en la materialidad del símbolo, seguimos los pasos del Prof. Héctor López en relación a la búsqueda de la materialidad de la letra como lo real del inconsciente. Entendemos que este punto es uno de los motivos que lo lleva a incluir el capítulo sobre el “Lógos” en el inicio de los comentarios sobre “La instancia de Lacan”, y la razón por la cual “se trata de un concepto que recorre furtivamente, desde el inicio, toda la espiral del texto” (López 2009, t. I, 35).
2. Se trata de Dubrovnik, ciudad perteneciente a la Dalmacia, que en los tiempos en que Freud realizara el paseo en cuestión pertenecía al imperio Austro-Húngaro. En la actualidad, la región dalmata pertenece a la República de Croacia.
3. El doble entrecorillado se debe a que citamos a Freud, quien a su vez cita a Tausk.
4. Remitimos al análisis detallado que Freud opera con la materia significativa de su olvido y sus intentos fallidos de obtener el nombre buscado (Freud 1898, 286; y 1901, 12).
5. En su argumentación de por qué la “psicosíntesis” no es una tarea del analista, Freud plantea que “en la vida anímica enfrentamos aspiraciones sometidas a una compulsión de unificar y reunir (...). Así, la psicosíntesis se consuma en el analizado sin nuestra intervención, *de manera automática e inevitable*”. Y sirviéndose de una analogía química, agrega: “al mismo tiempo que el químico consigue aislar ciertos elementos, se producen síntesis que no estaban en sus designios, a causa de la liberación de las *afinidades electivas* entre las sustancias” (cursivas nuestras) (Freud 1918, 156-7).
6. Roman Jakobson cita un diálogo entre Alicia y el Gato, del capítulo VI de la obra de Lewis Carroll: ““¿Has dicho pig (cerdo) o fig (higo)?” dijo el Gato. ‘He dicho pig’ replicó Alicia”. Y continúa Jakobson: “En este enunciado concreto, el receptor felino trata de captar nuevamente una *elección lingüística* realizada por el emisor” (cursivas nuestras) (Jakobson y Halle 1967, 99). Es claro que el objeto de tal *elección* es una unidad fonemática: o bien *p*, o bien *f*.
7. Cf. J. Corominas y J. A. Pascual, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Gredos, Madrid, 1992.
8. *Influjo de comando* que nos recuerda al *automatismo de comando* kräepeliniano, con la siguiente salvedad: éste puede ser leído únicamente como un ejemplo crudo del modo en que el significante afecta al viviente; aquel, además, como un ejemplo claro de la determinación del significante sobre el significante.
9. Aquí la referencia es el célebre “tonel de las Danaides”.
10. Considerémoslas como “acciones sintomáticas”.
11. *Signorelli* es expulsada, y no retorna sino como olvido; *Judens* es expulsada, y retorna con la fuerza del acto fallido (en realidad logrado).

12. Cf. F. Nietzsche (1871), *El origen de la tragedia*, Alianza, 1997, pp. 45-9, y (1873) *El libro del Filósofo*, Taurus, 2000, p. 91.

13. En este caso, “la elección” es el sujeto de la frase verbal “no hace sino reingresar”.

14. “¿Y qué es el decir?, es la referencia del discurso psicoanalítico, lo más real a que por él tengamos acceso, ese real donde el sujeto se funda como ser social. El decir es el lazo, es el discurso mismo, en acto” (Lombardi, 1999, p.168). Y en nota al pie: “Lacan llega a esa concepción “realizativa” del decir en su seminario 19, ...ou pire” (Ibíd., p.183)

Referencias

- Freud, S. (1898/1988). Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria. En *Obras Completas*, Tomo III (pp. 279-290). Buenos Aires: Amorrortu.
 (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas*, Tomo VI. Buenos Aires: Amorrortu.
 (1912). Sobre la dinámica de la transferencia. En *Obras Completas*. Tomo XII (pp. 93-106) Buenos Aires: Amorrortu.
 (1918). Nuevos caminos de la terapia analítica. En *Obras Completas*. Tomo XVII (pp. 151-164). Buenos Aires: Amorrortu.
 (1923). El yo y el ello. En *Obras Completas*. Tomo XIX (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu.
- Jakobson, R. y Halle, M. (1967/1973). *Fundamentos del lenguaje*. Madrid: Ayuso.
- Lacan, J. (1953/1988). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 227-310) Buenos Aires: Siglo XXI.
 (1954). Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud. En *Escritos 1* (pp.354-65). Buenos Aires: Siglo XXI.
 (1958/1988). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis. En *Escritos 2* (pp.513-64). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lombardi, G. (2008a). *Clínica y lógica de la autorreferencia. Cantor, Gödel, Turing*. Buenos Aires: Letra Viva.
 (2008b). Momentos electivos en el tratamiento psicoanalítico de las neurosis – En el Servicio de Clínica de Adultos de la Facultad de Psicología. Proyecto UBACyT P039, 2008-2010. Secretaría de Investigaciones, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, 2008.
 (2008c). Predeterminación y libertad electiva, *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 8, 103-126.
- López, H. (2009). *La “Instancia” de Lacan*. Mar del Plata: Eudem.
- Nietzsche, F. (1871). *El origen de la tragedia*. Madrid: Alianza.
 (1873). *El libro del Filósofo*. Madrid: Taurus.
- Pérez Vilatela, L. (1993). Aspectos de la tésera latina de Fuentes Claras, *Alazet: Revista de filología*, 5, 127-150.

Fecha de recepción: 17-03-10

Fecha de aceptación: 26-09-10